

Thorstein Veblen

# Teoría de la clase ociosa

Traducción y prólogo de Carlos Mellizo



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Título original: *The Theory of the Leisure Class* (1899)

Primera edición: 2004  
Segunda edición: 2014  
Tercera reimpresión: 2026

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la traducción y el prólogo: Carlos Mellizo Cuadrado, 2004  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2026  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-8339-3  
Depósito legal: M. 31.021-2013  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Prólogo de Carlos Mellizo
- 27 Selección bibliográfica

## Teoría de la clase ociosa

- 31 Prefacio
  
- 33 1. Introducción
- 54 2. Emulación pecuniaria
- 67 3. El ocio ostensible
- 100 4. El consumo ostensible
- 133 5. El nivel pecuniario de vida
- 146 6. Normas pecuniarias del gusto
- 197 7. El vestido como expresión de la cultura pecuniaria
- 218 8. Exención de trabajo industrial y conservadurismo
- 242 9. La conservación de rasgos arcaicos
- 275 10. Supervivencias modernas de la proeza
- 305 11. La creencia en la suerte
- 322 12. Observancias devotas
- 361 13. Supervivencias del interés generoso
- 392 14. La educación superior como expresión de la cultura pecuniaria



# Prólogo

Según uno de sus comentaristas más agudos y desapasionados, Thorstein Veblen «fue probablemente el economista y crítico social más penetrante que los Estados Unidos ha producido»<sup>1</sup>. El enorme valor de actualidad que hoy poseen sus libros y ensayos es prueba de la alta estima en que los teóricos de la economía tienen a este polémico autor, sin duda una de las figuras más singulares del pensamiento norteamericano de fines del siglo XIX y principios del XX. Considerado como fundador de la llamada «economía institucional», Veblen dejó también un amplio legado de sociología y antropología cultural, indispensable para conocer un aspecto importante del alma colectiva de las nuevas sociedades opulentas surgidas como consecuencia de la revolución industrial.

1. Rick Tilman: *Thorstein Veblen and his Critics 1891-1963*, Princeton University Press, 1992, p. ix.

## Thorstein Veblen

Hijo de padres noruegos emigrados a Estados Unidos, Thorstein Veblen nació el 30 de julio de 1857 en la granja que la familia tenía en Wisconsin. Sus biógrafos hablan de los primeros intereses del joven Veblen en el campo de la botánica y la biología y de su pasión por la vida rural. En 1854, a fines de la Guerra Civil, la familia se trasladó a Minnesota en busca de tierras más fértiles. Allí construyeron una casa donde se establecerían definitivamente.

En 1874, tras recibir la primera enseñanza en régimen doméstico, Veblen comenzó a asistir al cercano Carleton College, academia en la que, según la más estricta tradición puritana, se observaba una rigurosa disciplina. Veblen cursó sus estudios con normalidad, aunque distinguiéndose siempre por su carácter excéntrico, su espíritu de contradicción y lo que, al parecer, fue otra característica suya que lo acompañaría durante toda su vida: una cierta tendencia a la hipersexualidad que quizá sus adversarios hayan querido subrayar en exceso. Durante su estancia en Carleton, Veblen conoció a Ellen Rolfe, sobrina del presidente del College, con quien inició una relación sentimental que años después culminaría en una unión matrimonial de consecuencias desastrosas.

Veblen se gradúa de Carleton College en tres años. Su memoria de licenciatura consiste en una glosa favorable al ataque de John Stuart Mill contra Sir William Hamilton y la filosofía del «sentido común». En 1877 pasa a la Universidad de Johns Hopkins y después a la Universidad de Yale, donde obtiene el doctorado en Filosofía con una tesis titulada *Ethical Grounds of a Doctrine of Retribution*. Para entonces (1884) ya ha adquirido una reputación de *persona*

*non grata* en los círculos académicos del país y le resulta imposible encontrar un puesto universitario. Regresa a la granja familiar de Minnesota y lee con voracidad todo lo que cae en sus manos. A pesar de no tener empleo, y contra la recomendación de ambas familias, contrae matrimonio con Ellen Rolfe en 1888 —«sabrás Dios por qué»<sup>2</sup>—. En cierto modo, la pareja recuerda, por sus precarias condiciones de salud, a John Stuart Mill y Harriet Taylor, ambos enfermos crónicos de tuberculosis. En el caso de Thorstein Veblen y Ellen Rolfe los males físicos no fueron menores. Thorstein padecía de malaria, enfermedad muy común en aquellos días; tenía, además, una afección cardíaca. En cuanto a Ellen, biológicamente incapacitada como mujer por su infantilismo sexual, sufría también frecuentes ataques de histeria depresiva. Lo más probable es que la unión física de la pareja, en la medida en que pudiera llegar a consumarse, jamás llegara a procurarles a ninguno de los dos un nivel siquiera mínimo de satisfacción.

Al principio el matrimonio se estableció en Stacyville, una localidad rural del estado de Iowa, donde cultivaron su propio huerto, se dedicaron a la cría de vacas y gallinas y practicaron un estilo supuestamente idílico de vida campestre. Pero los desacuerdos y tensiones matrimoniales surgieron casi inmediatamente. Veblen hizo varios intentos por buscar trabajo. En dos ocasiones su hermano creyó haberle encontrado un puesto como profesor de Filosofía, primero en la Universidad de Iowa y después en St. Olaf College. Pero el escepticismo del candidato supuso un serio impedimento, y Veblen fue rechazado por ambas institu-

2. Elizabeth Watkins/Henry I. Jorgensen, *Thorstein Veblen, Victorian Firebrand*, M.E. Sharpe Amonk, NY, 1999, p. 24

ciones por su falta de creencias religiosas. Por fin, gracias a la intercesión de su amigo y protector J. Lawrence Laughlin, fue aceptado por la Universidad de Cornell en Ithaca, Nueva York, donde trabajó durante un año enseñando Teoría Económica como becario posdoctoral. Estamos en 1891. Al año siguiente, Laughlin fue nombrado jefe del Departamento de Economía Política de la Universidad de Chicago, recientemente creada con fondos de la compañía Standard Oil, y se llevó a Veblen consigo. Veblen alcanzó cierta popularidad como profesor, sobre todo entre sus alumnos menos conformistas y de mayor curiosidad intelectual, pero fue notoriamente impopular entre administradores, directivos y demás autoridades académicas. Una seria relación se inició en esos años entre Veblen y Sarah Hardy, una de sus alumnas posgraduadas. Ello provocó fuertes desavenencias en el matrimonio, que tuvieron como consecuencia última el total distanciamiento entre los esposos. En conformidad con las convenciones sociales del momento, marido y mujer continuaron residiendo bajo el mismo techo, pero viviendo vidas separadas. Ellen, la esposa despechada, dedicó el resto de su vida a dañar la reputación de su ex marido, con resultados devastadores para la carrera profesional de éste. Irónicamente, Veblen nunca llegó a intimar sexualmente con Sarah Hardy, a pesar de que fue ella, siquiera indirectamente, la principal causa de su ruina. Ambos mantuvieron una relación amistosa, sobre todo de naturaleza epistolar, hasta el fin de sus vidas.

Veblen aborrecía Chicago y detestaba la institución donde enseñaba, pero fue en Chicago donde alcanzó el punto más alto de su trayectoria académica. Allí escribió sus dos obras que hoy se consideran fundamentales: la *Teoría de la clase ociosa* (1899) y *The Theory of the Business Enterprise* (1904).

Tomando como excusa las infidelidades maritales de Veblen, denunciadas con especial encono por la esposa legítima –sobre todo la nueva e intensa relación de su marido con Ann Bradley Bevans–, en 1906 la Universidad de Chicago despidió formalmente al profesor.

Veblen había conocido a Ann Bradley Bevans («Babe») en 1904. Era una mujer casada, madre de cinco hijos y veinte años más joven que él. Socialista convencida, físicamente atractiva, se enamoró sinceramente del excéntrico profesor y abandonó la casa de su marido casi inmediatamente después de iniciado el *affaire*. Al dejar Veblen Chicago como consecuencia de su despido, Babe lo siguió hasta Stanford, California, donde él había logrado encontrar un nuevo puesto docente. El matrimonio Veblen seguía teniendo fuerza legal, y de ahí el tremendo efecto que las quejas de Ellen podían ejercer, y ejercieron de hecho, sobre el marido infiel. Ellen consiguió que a su esposo lo echaran también de Stanford, alegando actos de infidelidad conyugal relacionados con Ann Bradley Bevans. Por fin, en el año 1911, Veblen logró divorciarse de su mujer y se trasladó a la Universidad de Missouri. Tres años después contrajo matrimonio con Babe Bradley y ambos emprendieron un breve viaje a Noruega que supuso para ellos quizá la más grata experiencia de su vida. A partir de 1914, año de su segunda boda, nuevas publicaciones de Veblen se suceden con regularidad: *The Instinct of Workmanship and the State of the Industrial Arts* (1914); *Imperial Germany and the Industrial Revolution* (1915); *Higher Learning in America* (1918), *The Vested Interests and the Common Man* (1919) y otras.

También la salud de Babe era delicada. A los tres años de su matrimonio con Veblen quedó encinta, pero la criatura nació muerta a los siete meses de embarazo. Como con-

secuencia del aborto, Babe sufrió una profunda depresión de la que ya no se recuperaría nunca. Hubo un intento de suicidio. Poco a poco su salud mental fue deteriorándose hasta llegar a una situación de demencia total. Murió en 1920.

Cansado del mundo de la enseñanza, por el que no tuvo jamás verdadera afición, Veblen dejó Missouri y se mudó primero a Washington y más tarde a Nueva York donde dirigió la revista *The Dial*, órgano de ideas políticas avanzadas cuyas oficinas de redacción estaban situadas en Greenwich Village, centro de todos los «ismos» progresistas del momento: comunismo, anarquismo, sindicalismo, nudismo, etcétera. En 1926, retirado ya de toda actividad pública, regresa a California y fallece en Menlo Park tres años después.

El extenso anecdotario que salpica la vida de Veblen da muestra de su personalidad inconformista y rebelde. A Veblen se le han atribuido los adjetivos de «iconoclasta» y «revolucionario». Fue, sin duda alguna, un hombre peligroso que, en sus análisis de la sociedad opulenta, puso en tela de juicio los ideales no siempre suficientemente meditados del «sueño americano». Las apreciaciones de Veblen no están, en ocasiones, libres de excesos. Pero es indiscutible que, en términos generales, vio con acierto el lado oscuro de la prosperidad y de las nuevas realidades sociales propiciadas por el desarrollo económico. Quizá ello explique, como han apuntado algunos de sus biógrafos, que un sector de la crítica antivebleniana haya intentado presentárnoslo como poco más que como un simple lunático, excéntrico y mujeriego. Tal caracterización es ya insostenible. Albert Einstein decía que Veblen era el único autor contemporáneo, además de Bertrand Russell, a quien debía «innumerables ho-

ras felices»<sup>3</sup>. Para el lector de hoy su obra adquiere renovado interés conforme la «americanización» del mundo sigue su proceso inexorable. No se trata de un interés meramente anecdótico, sino sustancial para un mejor entendimiento de la moderna teoría económica.

## Economía institucional

A partir de la segunda década del siglo XX, la expresión *economía institucional* ha venido utilizándose de manera generalizada para expresar el enfoque adoptado por aquellos análisis económicos que se centran principalmente en el estudio de instituciones y de la evolución de las mismas. En la jerga de la economía institucional, el sujeto económico no es el individuo, sino el grupo o institución, realidad económica que podría definirse como conjunto de hábitos, tradiciones y costumbres determinantes de una particular conducta gremial. La «institución», así entendida, establece sus propias normas de comportamiento, las cuales no se ajustan necesariamente a una elección racional y lógicamente justificable, sino más bien a una fuerza basada en creencias derivadas de pautas de conducta habitual. La institución puede ser de muchos y muy diversos tipos –religiosa, social, cultural, deportiva, etcétera–, pero ello no afecta sustancialmente a su naturaleza misma, que es siempre resultado, como se decía hace un momento, de estilos habituales de actuación. El grupo dice lo que *se*

3. En «Remarks on Bertrand Russell's Theory of Knowledge». Artículo incluido en el libro colectivo *The Philosophy of Bertrand Russell*, Evanston, 1944. Cit. por Watkins, p. 3.

*dice; piensa lo que se piensa; viste lo que se viste; consume lo que se consume.*

Este enfoque presupone, como han reconocido Geoffrey M. Hodgson<sup>4</sup> y otros representantes actuales del institucionalismo económico, que es el hábito el fundamento de la acción humana, entendiendo por «hábito» una forma de comportamiento no-reflexiva, auto-sustentable, autónoma, que surge como resultado de series repetitivas. Al constituirse en fundamento de actos decisorios, el hábito sustituye en cierto modo el proceso racional, y no queda aquél explicado por éste, sino al revés. Es decir, el hábito se convierte en impulso determinante de la elección supuestamente razonada.

Aunque los estudiosos del institucionalismo económico no suelen mencionar a Hume cuando hablan de las raíces últimas de las que surge esa noción de hábito como guía de comportamiento, es obvio que dicha noción es originalmente humeana. De hecho, viene a ser el principio básico y fundamental que da sentido a todo un cuerpo de doctrina del que la actividad económica no puede ser excluida. Como es sabido, para Hume el hábito es «la gran guía de la naturaleza humana». En todo orden de cosas, con la mínima excepción de algunos tipos de conocimiento apodíctico —ciertas verdades de la matemática pura, por ejemplo—, la costumbre y la imaginación constituyen el factor determinante de nuestras creencias; y son las creencias, a su vez, las que determinan en última instancia el curso de nuestras acciones. Puede, pues, decirse que una institución es un con-

4. Cf., por ejemplo, su libro *Economics and Institutions: A Manifesto for a Modern Institutional Economics*, University of Pennsylvania Press, 1988.

junto de creencias (en el sentido humeano de la palabra), y que los actos que de ellas resultan son los que dan lugar a la norma por la que dicha institución se rige.

El institucionalismo económico norteamericano, cuya fundación se atribuye a Thorstein Veblen, tuvo en cuenta de manera primordial las realidades sociales producto de la nueva tecnología. La *Teoría de la clase ociosa* es un comprensivo intento de análisis de toda una institución –la clase ociosa misma– surgida como resultado de la revolución industrial dentro del mundo anglosajón a fines del siglo XIX. Hay en los presupuestos teóricos de nuestro autor un fondo darwiniano. Los rasgos fundamentales que Veblen, *en un momento determinado de la evolución económica*, detectó en la particular institución americana que fue objeto de su estudio, merecen que se les dedique aquí unas palabras.

## Los nuevos bárbaros

La institución de la clase ociosa no es un fenómeno inédito en la evolución histórica de la especie; de hecho, dice Veblen en las páginas introductorias de su estudio, puede encontrarse ya en la cultura bárbara, también denominada «cultura depredadora», que es la cultura característica en las sociedades de régimen feudal. El rasgo definitorio que desde un punto de vista económico se observa en el comportamiento de la institución bárbara es una división del trabajo que coincide con la distinción entre una clase trabajadora y una clase ociosa. A medida que esa distinción va encontrando aplicaciones, vemos que la clase ociosa se dedica habitualmente a menesteres que no están clasificados como «industriales» o «productivos». El re-

presentante típico de la clase ociosa propia del régimen feudal vive dedicado a la guerra, a la política y al juego. La aventura, la hazaña y el fervor religioso son partes integrantes de su modo de vida. Si el varón feudal se empeña en faenas de caza, éstas no son consideradas como modalidades de trabajo productivo, sino como diversión. Son los miembros de la clase trabajadora, no los señores, los encargados de desempeñar funciones industriales y productivas. Precizando más, Veblen sitúa el estado bárbaro de la cultura en fase *posterior* a una etapa más pacífica y laboriosa, con mayor conciencia de utilidad, de la cual, respondiendo a las demandas de la subsistencia, los grupos humanos fueron evolucionando hasta alcanzar este otro estilo de vida consistentemente belicoso. Esta etapa bárbaro-depredadora es subsiguiente al estadio *quasi*-pacífico de la evolución; es la etapa del «dolicocéfalo rubio», enamorado de la guerra y de la hazaña, y exento de ocupaciones serviles y rutinarias que se consideran deshonorosas y humillantes.

Esta distinción entre proeza y trabajo cotidiano, propia de la cultura bárbara, coincide —señala Veblen— con la separación entre los sexos. La gama general de actividades que responden al apelativo de proezas pertenece a los varones; las otras actividades, más serviles y prosaicas, al sexo femenino. La distinción entre proeza y trabajo ordinario es, pues, una distinción de desigualdad denigrante, una distinción «odiosa» que sirve para separar las ocupaciones dignas, honoríficas y nobles, de otras que implican sumisión y son, por tanto, indignas, denigrantes e innobles. En este punto Veblen introduce el concepto de «instinto de hacer las cosas bien», o «instinto de trabajo eficaz» (*instinct of workmanship*), de importancia crucial para entender el motivo psicológico

de toda actividad formalmente humana, e imprescindible para completar el sentido del discurso. Dice Veblen:

Como realidad de necesidad selectiva, el hombre es un agente [...] que en cada acto busca la realización de algún fin concreto, objetivo, impersonal. Por ser un agente así, está forzosamente en posesión de un gusto por el trabajo eficaz y un disgusto por el esfuerzo inútil. [...] Esta aptitud o propensión puede ser llamada «instinto de hacer las cosas bien», [o «instinto de trabajo eficaz»]. Allí donde las circunstancias o tradiciones de la vida llevan a una comparación habitual de una persona con otra en punto a eficacia, el instinto de hacer las cosas bien se manifiesta en una comparación emuladora, odiosa (*invidious*) entre personas. [...] En una comunidad en la que habitualmente se hace esa comparación odiosa entre personas, el éxito visible se convierte en un fin deseable por su propia utilidad como base de estima.

Todos los seres humanos, impulsados por el estímulo de supervivencia, poseemos ese instinto creativo y ese congénito afán de emulación. En una sociedad de «salvajismo pacífico» –como Veblen la llama–, previa a la etapa bárbaro-depredadora, el tipo de emulación, en especial el tipo de emulación económica que existía entre los miembros del grupo, era principalmente una emulación en punto a *utilidad* laboral. Se trataba, en definitiva, de probar al prójimo, mediante el establecimiento de comparaciones emulativas, que el trabajo propio era mejor y más útil que el ajeno. Pero en el proceso evolutivo de la especie sucede lo siguiente:

Cuando la comunidad pasa de un salvajismo pacífico a una fase depredadora de vida, las condiciones de emulación cambian. [...] Más y más la actividad de los varones adopta un carácter

de proeza. [...] La agresión se convierte en la forma acreditada de acción, y el botín sirve de evidencia *prima facie* de una agresión triunfal. [...] Por contraste, la obtención de bienes haciendo uso de otros métodos [es decir, trabajando] no se considera digna de un hombre que esté en pleno uso de sus facultades. Por la misma razón, *la realización de un trabajo productivo o el empleo en un servicio personal caen bajo ese mismo odio*. [...] El trabajo adquiere un carácter irritante a causa de la indignidad que se le imputa.

Pues bien, esa herencia proveniente de la cultura bárbara que sólo reconoce como honorable y digno el hábito de dominio triunfal y que desprecia la ocupación laboral productiva por ser tarea envilecedora y odiosa, reaparece atávicamente en las comunidades más civilizadas de la época moderna. La comparación *odiosa* que es propia de la cultura depredadora no va dirigida a probar que se trabaja mejor que el vecino y con resultados más beneficiosos y útiles; de hecho se trata de probar que *no* se trabaja, o que se trabaja menos que él, a pesar de tener más riqueza y poder. En la secuencia de la evolución cultural, esa clase neo-bárbara—antaño representada por el señor devoto, cazador y soldado— emerge una vez más bajo la forma de clase ociosa, cuyos rasgos, como pronto veremos, coinciden esencialmente con los de aquélla.

El surgir de la clase ociosa está vinculado, dice Veblen, al hecho de la propiedad. Lo mismo que en la cultura bárbara la apropiación fundamental del varón dominador consistía en tener mujeres y esclavos, la nueva cultura sigue una pauta semejante, con la única diferencia de que ahora la propiedad incluye una notable variedad de bienes; no se limita a la posesión de personas, sino que se extiende también a

la de cosas. La riqueza se convierte, así, en símbolo máximo de reputación honorífica. El proceso económico asume entonces el carácter de una lucha entre hombres –fundamentalmente entre varones– por la posesión de bienes dirigidos a aumentar su buen nombre. Veblen mantiene que la acumulación de riqueza se busca, no tanto para mejorar el nivel de comodidades como para poder competir victoriosamente con los prójimos en punto a reputación y prestigio. «El móvil que subyace en la raíz de la propiedad es la emulación.» «La posesión de riqueza confiere honor; da lugar a una distinción odiosa para el que no posee tal riqueza.»

Desde su origen mismo –insiste Veblen–, la propiedad no fue concebida en la cultura bárbara como conjunto de cosas útiles obtenidas con propósitos de mejora, sino como botín o trofeo capturado en el ataque victorioso. Se tienen cosas y personas para hacer alarde de ellas. Y es así como, gradualmente, con el crecimiento de la industria y el desarrollo económico, la acumulación de propiedades trae consigo el renacimiento del sistema valorativo arcaico. La posesión de riqueza por parte de la clase opulenta (como antes la posesión de trofeos de caza y botines de guerra por parte del señor feudal) deviene base acostumbrada de reputación y estima.

## Rasgos atávicos

Ésta es la característica esencial de la nueva clase: frente al trabajo ordinario, productivo y ordenado, basado en el mejor instinto de la especie –el «instinto de hacer las cosas bien» o «instinto de trabajo eficaz»–, la clase ociosa se empeña en perpetuar la cultura bárbara mediante el pro-

cedimiento de aplicar dicho instinto a establecer odiosas comparaciones emulativas dirigidas exclusiva o casi exclusivamente a demostrar superioridad pecuniaria. Ya en este nuevo contexto, la comparación odiosa se convierte, así, en un proceso de valoración de personas, no con referencia a la calidad del trabajo que realizan (recuérdese una vez más que el trabajo, para la clase ociosa, es una actividad indigna), sino con referencia a la cantidad de bienes que poseen, exhiben y derrochan.

Veblen hace gala de un talento especial para subrayar los rasgos grotescos de una clase cuyo desprecio al trabajo útil se manifiesta en un afán desmesurado por huir de todo aquello que pueda sugerir, siquiera remotamente, eficacia y servicio –los dos grandes tabúes del nuevo *status*–. Es aquí donde el libro adquiere especial brillantez y amenidad, al enumerar casos de atávico, inútil exhibicionismo bárbaro, típicos de una clase que tiene que hacer constantes demostraciones de ocio, riqueza y derroche, a fin de lograr estima social. Abstenerse de trabajar llega a ser un requisito de la decencia, pues es la prueba convencional de que se es rico. Veblen habla de aquellos casos en que el caballero ocioso «busca el medio de demostrar su entrega a la ociosidad durante el tiempo en que no está a la vista de sus espectadores». Ese medio lo encuentra en la exhibición de trabajos realizados para él por obreros, criados y lacayos que están a su servicio. Son demostraciones públicas de lo que Veblen llama «ocio vicario» –ocupación servicial, realizada por personal subordinado, que sólo sirve para expresar el ocio de la persona para quien se realiza–, a cuya detallada y divertida descripción se dedican numerosas páginas. Caso de interés particular es el de la ocupación vicaria realizada por la mujer-esposa, cuyos conocimientos, cuando se le deja adquirir-

los, han de ir dirigidos a realzar vicariamente la buena reputación del esposo-señor. La inutilidad de que hace profesión la clase ociosa se manifiesta en mil detalles que, vistos desde la perspectiva vebleniana, adquieren especial significado. El caballero que, sin necesidad de ayudarse para caminar, lleva un bastón en la mano, demuestra con ello su afición a lo superfluo y su capacidad para el gasto inútil y para la agresión: después de todo, el bastón puede también esgrimirse como se esgrime un arma. La afición de la clase ociosa por los perros suele ser superior a su afición por los gatos, simplemente porque aquéllos son notablemente más inútiles que éstos. El vestido –símbolo máximo de *status* pecuniario– se convierte en «necesidad espiritual» del caballero y la dama ociosos; en el caso del atuendo femenino, el corsé se afirma como prenda dirigida a rebajar la vitalidad del sujeto y hacerle incapaz para el trabajo de modo permanente y ostensible. El corsé perjudica los atractivos personales de su portadora, pero la pérdida que la dama sufre por ese lado queda compensada con lo que se gana en reputación pecuniaria. Los ejemplos de inutilidad institucional escogidos por Veblen en el orden de la actividad deportiva, el ceremonial religioso y el mundo del estudio son probablemente los más devastadores. Algunas apreciaciones veblenianas quizá resulten ofensivas para algunos; pero en la gran mayoría de los casos el lector llega a albergar la sospecha de que a lo mejor hay en ellas un terrible fondo de verdad.

## Conflictos de clase, cuestiones de estilo

El tono satírico que penetra las páginas de esta *Teoría de la clase ociosa* implica, obviamente, una toma de postura que

en muchos aspectos puede ser entendida como una extensión del pensamiento marxista. El término «industrial» casi siempre es en el texto sinónimo de «trabajador» o «proletario». El contraste entre la clase ociosa y las mayorías industrialmente productivas está presente a lo largo del libro, como también la relación de subordinación –residuo de la etapa bárbaro-depredadora de la cultura– que existe entre señores y siervos de la época moderna. Pero la *Teoría*, sin desestimar todo lo demás que pueda haber en ella, es sobre todo un inteligente ejercicio antropológico, sistematizado y original, dirigido a institucionalizar en términos económicos un determinado grupo humano, producto atávico de una larga evolución bio-histórica. La identificación y explicación de una serie de hábitos de pensamiento, comportamiento y consumo colectivos de muy singular carácter, es lo que da a la obra su mayor valor de utilidad y permanencia.

Veblen asistió a la honda transformación del panorama económico que, como poco antes había acontecido en la Europa maquinista, empezó a tener lugar en los Estados Unidos hacia 1880, para quedar claramente delineado en las décadas siguientes. Fue testigo del cambio que hizo que el país pasara de una economía agraria y fundamentalmente artesanal a un estado económico altamente urbanizado e industrializado. Es este esquema o sistema industrial el marco en el que, querámoslo o no, tiene lugar la civilización moderna. Y sus características esenciales son, como Veblen dice en otro lugar, «la producción a máquina y la inversión con miras a obtener beneficio»<sup>5</sup>. Desde luego se-

5. *The Theory of Business Enterprise*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1927, p. 1.

ría posible, como el propio Veblen anota, pensar en excepciones a esta norma. Pero en último término la norma seguirá vigente, hasta el extremo de que una comunidad industrial moderna no puede continuar siéndolo si se le priva del instrumental mecánico y de los procesos de producción que dependen del mismo. Vivimos, desde poco antes de Veblen hasta el momento presente, en «la edad de los procesos a máquina». El predominio de dichos procesos es lo que marca la diferencia radical entre la situación industrial moderna y cualquier otra situación anterior. Pero junto a esa presencia de la máquina como fuerza determinante de nuestra cultura existe un elemento más, de igual o mayor importancia: la actividad empresarial, es decir, la ya mencionada «inversión con miras a obtener beneficio». Son los empresarios la fuerza dominante de la industria actual. Son ellos, mediante los mecanismos de inversión y el mercado, quienes controlan las fábricas y los procesos de producción. Como resultado de la simbiosis entre ambos elementos –maquinismo y actividad empresarial– la organización industrial produce riqueza; y ésta produce a su vez el nuevo conjunto de hábitos que dan origen a la institución ociosa. Al tratarse en tiempos de Veblen de una realidad relativamente nueva, su categorización requería un lenguaje también nuevo. Veblen lo acuñó a su modo y manera, a veces con resultados que suponen para el lector, y también para el traductor, un desafío considerable. Es imperativo, para entender y disfrutar a Veblen, familiarizarse con su lenguaje y con la sintaxis peculiar de sus escritos. En ocasiones el texto presenta características que, irónicamente, Veblen censuraba en otros como síntoma de academicismo ocioso. Pero esa curiosa sofisticación en el vocabulario y en las construcciones termina por añadir in-